

EL RETO DE LA REVOLUCION CUBANA

por VICTOR VACCARO

250 JOVENES norteamericanos forman la Brigada "Venceremos" que corta caña en la zafra cubana. En la foto: los jóvenes macheteros norteamericanos reciben la bienvenida en una asamblea que se efectuó en el Central "Rubén Martínez Villena".



CON el inicio de la década del 70 —paradójicamente titulada por la ONU "Segundo Decenio del Desarrollo"— se plantea al Tercer Mundo y específicamente a América latina, tal vez la última oportunidad para emprender decididamente la colosal empresa de salir del abismo del subdesarrollo.

Los últimos diez años, enmarcados en lo que para el máximo organismo mundial debió ser el primer eslabón del despegue de las economías de los países más pobres, dejaron un balance desolador. Se acentuó la crisis política, económica y social del continente,

y con la excepción de Cuba, la dependencia del imperialismo norteamericano se hizo más marcada y como consecuencia de ello los tímidos intentos desarrollistas se estancaron.

El panorama es sombrío. La brecha entre los países ricos y los sumergidos se ensancha aceleradamente. Los pequeños grupos privilegiados que controlan el poder y la riqueza han demostrado definitivamente su impotencia para defender los intereses nacionales y optaron por abrir de par en par las puertas al capital extranjero, para beneficiarse de las migajas y mantener sus mezquinos privilegios.

La "Alianza para el Progreso", tentativa reformista elaborada por Washington para oponerla a la naciente revolución latinoamericana, ya fue enterrada por sus propios autores, después de recoger los jugosos dividendos de la empresa. Según el Departamento de Comercio de Estados Unidos, entre 1960 y 1967 el desbalance neto de América latina con la metrópoli ascendió a 7 mil 800 millones de dólares. El flujo de capitales privados norteamericanos al continente fue de mil millones de dólares, en tanto que las ganancias remitidas a Estados Unidos desde la región llegó a 6 mil 588 millones de dólares en el mismo periodo.

Sólo en el sector agrícola, desde 1960 a 1968 según la FAO las exportaciones de los países desarrollados crecieron en un 56 por ciento y apenas un 13 por ciento en los subdesarrollados. En aquellos la producción agraria per cápita aumentó en ese lapso en un 12.7 por ciento, en tanto que en los segundos disminuyó en 0.9 por ciento. Estas cifras demuestran concluyentemente que el decenio pasado fue de retroceso para los países del Tercer Mundo.

Las perspectivas futuras no tienen nada de halagüeñas. Todo indica que —de no producirse transformaciones profundas— se acentuará la asfixia económica. Los productos primarios y agropecuarios de América latina confrontan cada vez más dificultades y depreciaciones en los mercados controlados por los países poderosos. Estos acrecientan el proteccionismo a los productores internos, se llega a una saturación de sus mercados, y —lo que es más decisivo— el desarrollo técnico y científico de la agricultura y la industria en los países ricos avanza inconteniblemente, produciendo incluso sustitutos sintéticos.

Todos estos factores, más las estructuras injustas imperantes en los países subdesarrollados, determinan que en el actual decenio aparezca como inevitable el acentuamiento del intercambio desigual y que la perspectiva futura adquiera contornos de catástrofe.

El último elemento explosivo lo proporcionó el presidente norteamericano Richard Nixon, cuando el 31 de octubre dio a conocer su "nueva política" para América latina: la vietnamización del continente.

El exembajador de la Casa Blanca en Chile, Ralph Dungan, escribiendo en "Los Angeles Times" calificó el discurso de "desilusionante, alarmante y peligroso". Agregó que "no sería extraño si en el futuro inmediato se produjera mayor cantidad de gobiernos represivos y antidemocráticos en toda América latina".

Las panaceas propuestas por el gobierno norteamericano siguen siendo el fortalecimiento de los cuerpos represivos internos; la "integración continental" y el control de la natalidad.

La integración en las actuales condiciones no significará sino la ampliación del mercado para los monopolios norteamericanos que explotan las riquezas básicas en cada uno de los países. Y el control de la natalidad persigue estabilizar la miseria, impidiendo que el crecimiento de la población precipite el derrumbe del sistema.

Leamos la opinión de un erudito en la materia, el presidente del Banco Mundial y exsecretario de Defensa de Johnson, Robert McNamara: "La renta individual, en más de 40 naciones del mundo, en los países subdesarrollados, no pasa hoy de los 120 dólares al año. La renta media individual, en los Estados Unidos, es de más de 3.000 dólares. Es decir, existe una diferencia del 2.000 por ciento. Esta cifra ha dejado de tener una significación puramente económica. Es una cifra fabulosa y volcánica, que se hunde peligrosamente bajo la superficie terrestre y que no puede dejar de tener consecuencias explosivas. Las explosiones sociológicas —mucho más peligrosas y más mortíferas que las explosiones volcánicas naturales— se diferencian de estas últimas en que pueden preverse. Y si pueden preverse, también tendrían que poder impedirse".

Para impedir adecuadamente el retraso a que ha sido llevada América latina por la explotación norteamericana, es oportuno remitirse a la obra del periodista francés Jean Jacques Servan Schreiber "El Desafío Americano". Si Europa Occidental, con su desarrollo y nivel tecnológico y científico, ha pasado a ser un satélite de la economía imperialista de Estados Unidos ¿qué suerte pueden esperar los latinoamericanos siervos del poderoso imperio y estancados en la época de los bueyes y los arados de palo?

"El examen, bastante prosaico, —dice Servan Schreiber— de la inversión americana en Europa, nos descubre un universo económico que se hunde —el nuestro—, unas estructuras políticas y mentales —las nuestras— que ceden ante el empuje exterior, los prolegómenos de una bancarrota histórica: la nuestra".

Ya en 1967 las empresas norteamericanas, con inversiones propias equivalentes sólo al 10 por ciento del monto total, controlaban en Europa Occidental el 95 por ciento del nuevo mercado de circuitos integrados (etapa superior de las computadoras): el 80 por ciento de la producción de computadores electrónicos; el 50 por ciento de la producción de semiconductores (sustituto de los tubos eléctricos) y el 15 por ciento de los bienes de consumo (radios, televisores, aparatos registradores), además del creciente dominio de la industria automovilística, química petrolera y otras.

El desbordamiento mundial de los monopolios estadounidenses, la concentración imperialista de los medios de producción y el neocolonialismo imperante en el Tercer Mundo, plantea a América latina no un desafío sino un dilema de vida o muerte: o liquida la dependencia económica y las estrechas estructuras capitalistas internas mediante una revolución profunda o renuncia a luchar contra el subdesarrollo, con todas sus funestas consecuencias.

El progreso técnico y científico controlado por los países poderosos y especialmente por la potencia imperialista más grande del mundo, que considera a Latinoamérica como su "patio trasero", hace imposible para los países pobres alcanzar el desarrollo dentro del sistema capitalista.

Esto lo han comprobado incluso los secto-



ERNESTO CHE Guevara y Camilo Cienfuegos continúan alumbrando con su ejemplo el camino que recorre la Revolución Cubana.

res reformistas del continente, que en boca del candidato presidencial de la democracia cristiana chilena, Radomiro Tomic, han acuñado —para Chile— un nuevo fraude: la “vía no capitalista de desarrollo”.

Esta definición estratégica negativa, junto con reconocer que el capitalismo no sacará a los pueblos de su pobreza, encierra un contrabando ideológico: se trata de utilizar la movilización popular que sólo puede desencadenar una revolución socialista, para perpetuar el dominio de las burguesías entreguistas.

En medio de este sombrío panorama latinoamericano, contrasta nitidamente el camino recorrido en diez años por la revolución cubana y las gigantescas perspectivas que se abren ante su pueblo en la década que se inicia.

La trascendencia del fenómeno económico, político, social y humano que se desarrolla en la pequeña isla del Caribe es tal, que hasta la agencia noticiosa norteamericana “UPI” debió reconocer que constituyó el hecho más importante ocurrido en el continente en el decenio de los 60.

Con el triunfo de la rebelión armada, en enero de 1959, el gobierno revolucionario cubano se abocó de inmediato a eliminar los factores determinantes del subdesarrollo: las relaciones externas de dependencia política y económica, y a la transformación de las estructuras internas que se oponen al desarrollo general de la sociedad: revolución

agraria, reforma urbana, nacionalización de todos los bienes de producción, educación y asistencia médica masiva y gratuita, etc.

No obstante ello, quedaban por resolver dos problemas trascendentales: la estrategia del desarrollo en un país pobre, sin tecnología, con un millón de analfabetos y sin recursos económicos; y el método a usar para incorporar a las grandes masas en la construcción de la nueva sociedad.

1970 encuentra a Cuba lista para el despegue económico y el inicio en esta década del desarrollo industrial acelerado. Los dos aspectos cruciales arriba indicados ya están despejados. Todo un pueblo está transitando los caminos señalados por el comandante Ernesto Che Guevara con su pensamiento y acción revolucionarios.

En el artículo “El Socialismo y el Hombre en Cuba” escrito para la revista “Marcha” por el guerrillero heroico, éste planteaba: “Resta un gran tramo a recorrer en la construcción de la base económica y la tentación de seguir los caminos trillados del interés material, como palanca impulsora de un desarrollo acelerado, es muy grande”.

“Se corre el peligro de que los árboles impidan ver el bosque. Persiguiendo la quimera de realizar el socialismo con la ayuda de las armas melladas que nos legara el capitalismo (la mercancía como célula económica, la rentabilidad, el interés material individual como palanca, etc.) se puede llegar a un callejón sin salida... para construir el co-

munismo, simultáneamente con la base material hay que hacer al hombre nuevo”.

Estas tesis del Che se han hecho carne en el pueblo cubano. Su pensamiento es la brújula que orientó a la revolución en el difícil camino recorrido, en medio de la agresión y el bloqueo criminal del imperialismo norteamericano y de los regímenes reaccionarios del continente.

El esfuerzo decisivo a que en este momento está abocada Cuba entera para producir diez millones de toneladas de azúcar e impulsar simultáneamente otros grandes planes agropecuarios, no es sino la materialización del camino propio planteado por Ernesto Guevara y Fidel Castro para construir simultáneamente el socialismo y el comunismo, mediante el desarrollo de la conciencia del hombre, en lo ideológico, y la utilización de la agricultura como palanca del desarrollo en lo económico.

Crear riquezas con la conciencia y no a la inversa, ha sintetizado Fidel Castro.

No de otra manera se puede explicar la participación de más de 500 mil trabajadores voluntarios en la zafra decimillonaria y en el cultivo de los gigantes planes de cítricos, café, frutales, arroz, ganadería, etc., que han duplicado en los últimos cinco años la producción agrícola existente antes de 1959.

El trayecto recorrido en once años no ha sido expedito, ni exento de errores. Muy poco o nada se sabía de las dificultades y problemas a superar por un país pobre, decidido a emprender el desarrollo por la vía socialista.

El 20 de diciembre pasado, Fidel Castro recordó: “Marx concibió el socialismo como resultado del desarrollo. Hoy para el mundo subdesarrollado el socialismo ya es incluso condición del desarrollo. Porque si no se aplica el método socialista —poner todos los recursos naturales y humanos del país al servicio del país, encaminar esos recursos en la dirección necesaria para lograr los objetivos sociales que se persiguen—, si no se hace eso, ningún país subdesarrollado saldrá del subdesarrollo. ¡Seguro que no saldrá!”.

Tras esta afirmación, se resume una dura experiencia vivida por la revolución cubana. En su inicio siguió el esquema tradicional de la economía socialista. Se enfatizó el desarrollo de la industria, sin que existiera, entre otras cosas, una acumulación tecnológica, una planificación adecuada, ni las materias primas necesarias.

Paralelamente existió la tendencia a abandonar el cultivo de la caña de azúcar, como una reacción lógica ante el producto que simbolizó la explotación imperialista. Al mismo tiempo se redujo la producción de arroz, confiando en el funcionamiento de la división internacional del trabajo y el internacionalismo proletario que en algunos momentos dejó de tener vigencia real y golpeó rudamente a la débil estructura económica del país.

Como ha ocurrido invariablemente con el proceso cubano, estos inconvenientes produjeron una tecnificación rápida y oportuna, al mismo tiempo que se fortalecía la conciencia popular de marchar decididamente hacia la sustitución de los alimentos y productos que

por un monto de 230 millones de dólares, se adquiría en el exterior y que estaban sujetos a la alternativa de los cambios en la política internacional y los problemas internos de los distintos países.

Así se definió la estrategia económica de Cuba, transformando al sector agropecuario en el pivote fundamental del desarrollo industrial acelerado.

Reorientado el comercio exterior, que en un 80 por ciento se dirigía a Estados Unidos hasta 1959, hacia los países socialistas y los mercados de Europa Occidental, echadas las bases de una planificación racional y moderna de los recursos y en marcha un impresionante programa educativo a todos los niveles, en 1965 se abordó frontalmente lo que para muchos era una temeraria empresa, destinada al fracaso.

A partir de ese momento se enfatizó la actividad agrícola, partiendo de los siguientes postulados: 1º) Que en las condiciones de subdesarrollo existentes en Cuba (y en la mayoría de los países del Tercer Mundo) el sector agropecuario está en condiciones de generar cantidades de productos exportables en el menor plazo. 2º) Que las inversiones y la especialización humana son menos exigentes (por lo menos al comienzo) que para la industria (el coeficiente de importación para la agricultura representa el 15 al 20 por ciento del necesario para emprender un desarrollo industrial). 3º) La limitación de los recursos y las posibilidades de mercado.

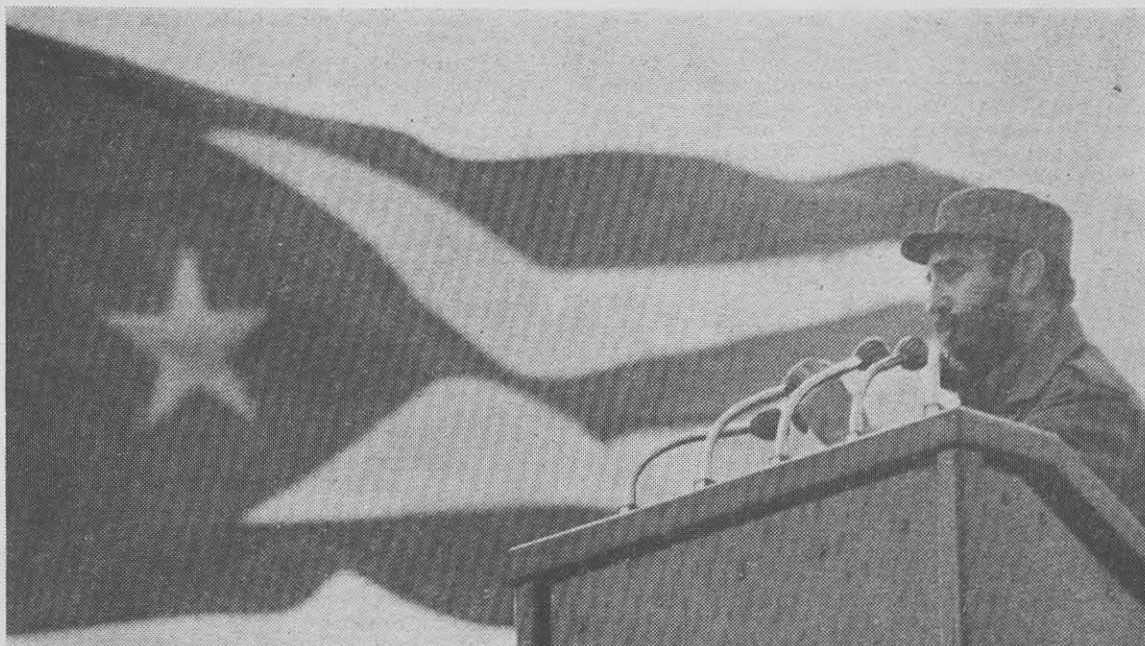
Los países pobres necesitan incrementar sus exportaciones para aumentar las inversiones y para ello se requiere acrecentar la captación de divisas. Este círculo vicioso sólo puede romperse con el esfuerzo interno y los créditos externos sin condiciones políticas e intereses bajos.

Como último y determinante factor que definió la opción cubana está su clima tropical, apto para la explotación agrícola durante todo el año. Sin embargo, hasta antes de 1965 este elemento jugaba un papel negativo. Fue preciso controlar la naturaleza, las dañinas secuelas de las prolongadas sequías seguidas de enormes inundaciones y ciclones. Para ello se invirtieron grandes recursos en la construcción de presas, acueductos, pozos, siembra de bosques y cortinas vegetales para protección de los cultivos, estabilización del régimen de lluvias y eliminación de la erosión de las tierras.

Simultáneamente se marchó aceleradamente a la mecanización y tecnificación de las actividades agropecuarias, generalmente el uso de fertilizantes, herbicidas y pesticidas, la investigación de suelos para determinar su uso más adecuado y un programa de investigaciones genéticas de alto vuelo.

Esto no quiere decir, como algunos interesadamente han pretendido, que Cuba haya renunciado a la industrialización, ni mucho menos. Aunque la agricultura constituye el eslabón fundamental del despegue, la industria se está desarrollando ya como suministradora de fertilizantes, equipos agrícolas, insumos en general y como procesadora de los productos del campo.

El pueblo cubano inicia la década del 70 con un crecimiento de un 15 por ciento en el



FIDEL CASTRO dirigió la lucha armada que derrocó a la tiranía de Batista y ahora guía al pueblo cubano en la construcción socialista.

sector agropecuario y una firme perspectiva a corto plazo de un sorprendente desarrollo industrial.

Estos resultados son la consecuencia lógica de la participación masiva en el proceso productivo, la revolución educativa y la reinversión de más del 30 por ciento del producto nacional bruto.

Se ha eliminado la burguesía parásita que en el resto de América latina, como antes en Cuba, dilapidaba los escasos medios en artículos suntuarios, destinando los recursos a la adquisición de bienes de producción y en servicios sociales masivos.

Tal es la magnitud del contraste con la situación imperante en el continente que hasta la "U. S. Arms Control and Disarmament Agency", organismo oficial del gobierno de Estados Unidos, que maneja informaciones del Departamento de Estado, la ONU y la CIA, ha debido reconocerlo.

En su informe trimestral aparecido en noviembre de 1968 titulado "World Military Expenditures 1966-1967", se reconoce a Cuba para 1966 un ingreso per cápita de 638 dólares anuales (en 1958 era menos de 500 dólares).

Según la misma fuente, Cuba se encuentra ya en el tercer lugar de América latina, superada sólo por Venezuela con un per cápita de 890 dólares al año y Argentina con 716. La agencia estadounidense estima que el producto nacional bruto de Cuba en 1966 ya era de 5 mil millones de dólares, de los cuales 250 millones se dedicaban a la defensa (calcula en 121 mil los miembros de las Fuerzas Armadas), 226 millones en educación y 150 en salud, para una población —entonces— de siete millones 833 mil habitantes.

De acuerdo con el informe, Cuba ya dejó atrás a Uruguay, al que coloca en cuarto lugar con un producto nacional bruto de 1.565

millones, un per cápita de 569 dólares al año, 18 millones de inversión en educación, 16 en salud y 26 en gastos militares; y Chile, quinto, con 4.867 millones de dólares de producto nacional bruto, un per cápita de 556 dólares, 130 millones en educación, 104 para salud, 113 en gastos militares (46 mil hombres en las Fuerzas Armadas) y 8 millones 750 mil habitantes.

Más atrás quedan países tan grandes como México con 493 dólares de per cápita anual; Brasil, con 310 y Colombia con 293, sin tomar en consideración que con excepción de Cuba, en todos los demás casos hay pequeños grupos privilegiados que concentran la riqueza, mientras hay grandes masas cuyos ingresos son diez o más veces inferiores a las cantidades señaladas.

Para la consolidación de las bases económicas de la Isla, 1969 fue decisivo y en opinión de los conocedores del proceso, el más fructífero de los 11 años de vida de la revolución. Sólo en la agricultura, transporte e industria cañera, se invirtieron 800 millones de pesos (dólares). Se sembraron 500 mil hectáreas nuevas, se aumentó en un 25 por ciento la capacidad de los ingenios azucareros y se encontró solución técnica al problema de la mecanización de todo el proceso. En un plazo de cuatro años todo el corte y recogida se hará con máquinas.

Los diez millones de toneladas de azúcar, punto que se ha transformado en el medidor internacional del éxito económico de Cuba, gracias a ese enorme esfuerzo económico y a la determinación multitudinaria de poner en tensión todas las energías ideológicas y organizativas, están aseguradas y vendidas.

Ello representará alrededor de 400 millones de dólares de mayor ingreso, pero mucho más importante que eso, la consolidación definitiva

La industria mecánica es una de las que más se desarrolló en el último decenio. El bloqueo obligó a los técnicos y obreros cubanos a realizar milagros para mantener en funcionamiento los equipos. Ahora se pasó a la construcción de grandes máquinas para la industria y la agricultura azucarera.

El segundo quinquenio de la presente década marcará para Cuba el nacimiento de su industria pesada. Se producirá el acero necesario para los diferentes programas y para la exportación en base a las reservas de hierro, cromo y níquel del país.

La explotación del petróleo recibirá un gran impulso. Actualmente la prospección ha confirmado que el oro negro existe en Cuba y ahora se ha iniciado una etapa de perforaciones continua cuyos resultados alentadores se manejan con discusión. Este factor y el proyecto de instalar un generador de energía atómica, solucionará los problemas energéticos que enfrenta un país que no conoce de grandes caídas de agua para el desarrollo hidroeléctrico.

Asimismo se contempla el establecimiento de la industria petroquímica, de tejidos sintéticos y de plásticos, así como la producción nacional de vehículos automotrices: tractores (en 1980 se necesitarán 100 mil, el doble de los existentes), camiones, omnibuses y repuestos. Se calcula que una producción para satisfacer las crecientes necesidades internas, sin pretensiones de competir en los mercados internacionales, reducirá en un 75 por ciento los costos actuales de importación, además que se solucionará el problema de los repuestos y el mantenimiento, que durante el decenio pasado alcanzó caracteres de tragedia.

Las necesidades del desarrollo han obligado a dejar en segundo plano la construcción de viviendas. A partir de 1975, una vez terminadas las grandes obras de infraestructura, se iniciará un plan de construcciones masivas con una ambiciosa meta de cien mil viviendas anuales. Actualmente hay varias industrias de edificios prefabricados, pero éstas apenas cubren las necesidades de nuevas escuelas, hospitales e instalaciones industriales.

Los planes incluyen también la construcción de astilleros. Para transportar la mitad de la carga que entre y salga del país en 1980 se necesitarán 250 barcos de 10 mil toneladas.

Esto obligará a ampliar los puertos y a la mecanización de la carga y descarga.

Ya en estos momentos los puertos cubanos se han transformado en un peligroso cuello de botella para el vertiginoso desarrollo económico. Por último, ya se está preparando la fundación del Instituto de Electrónica, con capacidad para 2 mil 500 alumnos, con vistas a establecer esta vital actividad en el país.

A los que no han seguido de cerca el proceso cubano, o que optaron por creer en la propaganda interesada, les esperan enormes sorpresas. La victoria de las tesis de la revolución tendrá su "hora de la verdad" en julio próximo cuando se logre una producción superior a los 10 millones de toneladas de azúcar. Pero esa conquista —con todo lo importante que es— aparecerá empuñada por los futuros logros.

Sólo entonces se comprenderá que la lección de Cuba significa que el triunfo de la rebelión armada representa únicamente el derecho a sacrificarse y a emprender la lucha por el desarrollo, y que éste no puede lograrse sin que junto a la recuperación de las riquezas y la soberanía no se comience a formar el hombre nuevo.

Para nadie es un secreto que además de los aspectos materiales que entraña el reto cubano al subdesarrollo heredado, en los campos de Cuba está en juego hoy una filosofía política y una concepción del desarrollo que descansan principalmente en los valores morales, en la vergüenza, en la dignidad y en la conciencia del hombre.

Al ejemplo que dio Cuba a los países subdesarrollados conquistando su independencia plena con las armas en la mano en 1959, puede sumarse ahora en 1970 y siguientes, el ejemplo de un país pobre y pequeño, atrasado, sin técnica y sin técnicos, que en virtud en primera instancia de su propio esfuerzo y venciendo los obstáculos del bloqueo, escale las cumbres del desarrollo.

El observador latinoamericano que asoma sus ojos al descomunal esfuerzo nacional cubano no puede menos que advertir, por anticipado, el éxito de esta gesta.

El reto de Cuba simboliza el reto del Tercer Mundo y por eso sus latidos se perciben en América latina.

VICTOR VACCARO
La Habana

